



LA
CORONA
NANCY BILYEAU

alevosia

Índice

Cubierta

Portadilla

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

Segunda parte

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

Tercera parte

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

Cuarta parte

47

48

49

50

51

52

Agradecimientos

Notas

Créditos

Para mi marido, que creyó.

Primera parte

1

Londres, 25 de mayo de 1537

Cuando se anuncia una muerte en la hoguera, las tabernas de los alrededores de Smithfield encargan barricas de cerveza adicionales, pero cuando quien va a morir en la hoguera es una mujer y además de noble cuna, llegan carros de cerveza. Yo viajaba en uno de esos carros el viernes de la semana de Pentecostés, en el vigésimo octavo año del reinado de Enrique VIII, para ofrecer plegarias por el alma de la traidora condenada a morir: lady Margaret Bulmer.

Oí el grito del carretero cuando yo avanzaba por la calle Cheapside, con el esbozo del mapa de Londres que había copiado en secreto de un libro dos noches antes. Me movía con más premura desde que había llegado a esa calle ancha y adoquinada, y aun así me temblaban las piernas. Había pasado la mañana vadeando entre el fango.

–Smithfield... ¿Alguien con destino a Smithfield? –Fue una voz jovial, como si el lugar de destino fuera una feria del Día de San Jorge. Justo delante de mí, enfrente de una curtiduría, vi al dueño de esa voz: un hombre fornido que hacía girar a cuatro caballos enganchados a un carro de gran tamaño. Una media docena de cabezas se asomaron a mirar por encima de las barandillas.

–¡Aguardad! –grité tan alto como pude–. Yo deseo ir a Smithfield.

El carretero se volvió bruscamente. Sus ojos escudriñaron la multitud. Agité la mano y en su rostro se dibujó una sonrisa húmeda. Cuando me acerqué, se me encogió el estómago. Me había jurado no hablar con nadie durante todo el día, y no buscar tampoco ayuda de ningún tipo. El riesgo de que me descubrieran era demasiado grande. Pero Smithfield estaba extramuros, hacia el noroeste, todavía a una considerable distancia.

Cuando llegué junto él, el carretero me miró de arriba abajo y su sonrisa se desvaneció. Yo llevaba un grueso vestido de lana, el único del que había podido disponer para el viaje, compuesto por un corpiño y una falda más propios para finales de invierno que para primavera, y menos aún para un día en que las oleadas de calor quedaban ancladas entre capas de espesa niebla. El barro me había empapado el enmarañado dobladillo. Agradecí que nadie pudiera

ver lo que ocultaba la gruesa tela y descubrir mi camisola empapada en sudor.

Sin embargo, yo sabía que no eran solo mis desaliñadas vestiduras las que provocaron la pausa en el carretero. Para muchos mi aspecto resulta extraño. Tengo el cabello negro como el ónix pulimentado y los ojos marrones con pintas verdes. Mi piel olivácea no se ha enrojecido al llegar el Día de San Swithun, ni ha palidecido en Adviento. He heredado el color de piel de mi madre española, aunque no así sus delicados rasgos. No, mi rostro es el de mi padre inglés: la frente ancha, unos pómulos prominentes y una barbilla fuerte. Es como si el desencaje del matrimonio de mis padres se debatiera asimismo en los cimientos de mi rostro, a la vista de todos. En un país de muchachas pálidas y de rostros sonrosados, destaco como un cuervo. En un tiempo eso fue algo que me preocupaba, pero a los veintiséis años habían dejado de importarme tan nimias cuestiones.

—Un chelín por el viaje, señora —dijo el carretero—. Pagad y partiremos.

Su petición me cogió por sorpresa, aunque naturalmente no debería haber sido así.

—No tengo monedas —balbuceé.

El carretero soltó una risotada.

—¿Creéis acaso que hago esto por diversión? Me estoy quedando sin cerveza y debo ganar dinero para pagar el carro —dijo, golpeando un barril de madera que tenía a su espalda. En el extremo más alejado del carro vi que sus pasajeros estiraban el cuello para poder verme.

—Esperad —dije, y busqué a tientas el pequeño monedero de tela que llevaba en el bolsillo que había cosido al vestido. Rebuscando con los dedos en su interior encontré un fino anillo. No quería darle nada mejor. Todavía me esperaban sobornos importantes.

Le tendí el anillo.

—¿Bastará? —Un instante más tarde su mirada ceñuda se convirtió en júbilo, y el fino anillo de oro de mi difunta madre desapareció en la sucia palma del carretero.

Cuando subí a la parte trasera del carro, vi asomar la lástima y el desprecio al rostro de los demás pasajeros. Seguramente el valor de mi anillo superaba la cantidad que había pagado por el viaje. Encontré un montón de paja limpia en el rincón y bajé la vista, intentando evitar sus miradas curiosas en cuanto el carro reemprendió la marcha.

Un codo se clavó en mi costado. Una rechoncha mujer de media-

na edad, la única que viajaba en el carro, se acercó hasta donde yo estaba. Sonrió y me tendió un trozo de pan negro. Yo no había probado bocado desde la cena de la noche anterior. Normalmente, me jactaba de las punzadas del hambre y de mi férreo control sobre mi débil carne mortal, pero mi misión requería cierta dosis de energía. Un bocado de comida y un trago de cerveza aguada de su cantimplora de madera insuflaron fuerzas renovadas a mi cuerpo entumecido.

Me recosté contra la baranda. Pasamos por delante de un mercadillo que aparentemente no vendía más que especias y yerbas. Ahora que por fin había dejado de llover, los vendedores retiraban las mantas con las que mantenían secos sus estrechos puestos. Una densa mezcla de borraja, salvia, tomillo, romero, perejil y cebollinos impregnó el aire para disolverse en cuanto nos alejamos traqueteando de allí. Los vivos olores de la ciudad regresaron. Una hilera de edificios de cuatro plantas apareció a la vista, más prósperos que los que había visto hasta entonces. El cartel de un orfebre colgaba en una esquina.

Un joven que iba sentado delante de mí en el carro me sonrió y dijo, a voz en grito, dirigiéndose a todo el pasaje:

—Damos las gracias al rey Hal por quemar a una joven belleza en Smithfield. La última persona que murió en la hoguera fue un viejo y feo herrero.

Una bola de pan que había tragado me subió por la garganta y me tapé la boca.

—Pero ¿es de verdad una belleza? —preguntó otro.

Un anciano de lechosos ojos azules hizo girar entre sus dedos un largo pelo que tenía en el centro de la barbilla.

—Conozco a alguien que ha visto a lady Bulmer en carne y hueso y sí, es hermosa —dijo despacio—. Más que la reina.

—¿Qué reina? —gritó uno de los hombres.

—Las tres —respondió otro. Una risa nerviosa recorrió el carro. Burlarse de los matrimonios del rey, del divorcio de su primera esposa y de la ejecución de la segunda para poder dejar lugar a la tercera, era un crimen. Se habían llegado a cortar manos y orejas por ello.

El anciano se retorció con más fuerza aún el pelo de la barbilla.

—Lady Bulmer debe de haber ofendido al rey gravemente para que haya decidido quemarla a la vista del pueblo y no ordenar que le corten la cabeza en Tower Hill o que la cuelguen en Tyburn.

El joven dijo entonces:

—Han traído a todos los nobles y a la alta burguesía a Londres, a

todos los seguidores de Robert Aske –dijo el joven–. Para aplicarles la justicia del rey. Ella es la primera en morir.

Se me aceleró la respiración. ¿Qué dirían esos londinenses, qué me harían, si se enteraban de quién era y de dónde venía? Una cosa era segura: jamás llegaría a Smithfield.

Busqué en mis plegarias algo que me diera fuerza. «Oh, Dios, mi señor, ayúdame a ser obediente sin reserva, pobre sin servilismo y casta sin compromiso».

–¡La Bulmer es una rebelde apestosa! –gritó la mujer que había compartido conmigo su pan–. Es una papista del norte que ha conspirado para derrocar a nuestro rey.

«Humilde sin pretensión, jubilosa sin depravación, seria sin afectación, activa sin frivolidad, sumisa sin amargura, honesta sin duplicidad».

–En el norte entregan sus vidas por las viejas formas. Querían proteger los monasterios –dijo el anciano con un tono afable.

Todos estallaron en mofas.

–Esos gordos monjes ocultan frascos de oro mientras los pobres se mueren de hambre fuera de sus muros.

–Dicen que una monja tuvo un bebé de un cura.

–Las monjas son furcias. Y las que no, están lisiadas..., son idiotas, repudiadas por sus familias.

Oí un ruido entrecortado. Fue mi propia risa, amarga y desprovista de alegría... e ignorada, pues en ese instante se oyó un grito que procedía de algún punto situado justo fuera del carro. Un pilluelo corrió junto a nosotros, tan deprisa que adelantó a nuestros caballos. Una mirada aterrada por encima del hombro reveló que el pequeño no era un niño, sino una niña con el rostro sucio y el pelo mal cortado.

Una bola de fango cruzó el aire y le golpeó en el hombro.

–Ayyyyy –aulló la pequeña–. ¡Maldita sea!

Dos fornidos muchachos pasaron a la carrera y entre risas junto al carro. En cuestión de un minuto le habían dado alcance. Los hombres del carro vitorearon, atentos a la persecución.

La presa de los muchachos se desvió corriendo de la calle hacia una hilera de tiendas.

Otra niña le hizo señas desde un portal:

–¡Por aquí! –gritó. La pilluela desapareció dentro y la puerta se cerró con un portazo tras ellas. Los muchachos llegaron segundos más tarde y la aporrearon, pero estaba cerrada con llave.

Cerré los ojos. Vi correr a otra niña. Ocho años, jadeante, con una

punzada en el costado y avanzando por un estrecho sendero entre altos setos de tejo, buscando una salida.

Oí que alguien gritaba mi nombre, pero no pude verle.

–¡Corre, corre, Joanna!... ¡Nos toca jugar al tenis! –gritaban mis primos, tan fuertes, tan severos–. Ven, pequeña, seguro que tú puedes –tronó la despreocupada voz de mi tío Edward Stafford, tercer duque de Buckingham y el cabeza de familia–. Debes hallar la salida por ti misma. No podemos mandar a nadie tras de ti y arriesgarnos a perder a otra hija.

Estaba atrapada en el laberinto de mi tío, que acababa de ordenar su construcción. «He contratado para su diseño a mejores monjes que los que utilizó el cardenal Wolsey», repetía una y otra vez. Ese día, el 4 de septiembre, coincidiendo con la celebración del cumpleaños del segundo duque de Buckingham –mi abuelo, fallecido tiempo ha–, se había inaugurado el laberinto. Nos taparon los ojos a todos los primos y nos llevaron al centro del laberinto. Luego nos quitaron las vendas y nos apremiaron para que echáramos a correr con el fin de ver quién llegaba primero.

–¡Recorred el laberinto! ¡Recorred el laberinto! –gritaba mi tío desde el otro lado de los altos y serpenteantes setos.

Yo era una de las más pequeñas y de inmediato quedé rezagada, a la cola del grupo. Muy pronto me encontré sola. Corría de un lado a otro con la esperanza de ver abrirse los muros de setos y salir a los jardines, pero mi instinto había resultado siempre erróneo y no había hecho sino adentrarme más y más en la maraña verde del laberinto.

–¿Qué te ocurre, Joanna?

–¡Piensa, niña, piensa!

Las voces sonaban cada vez más cerca, más impacientes.

–No seas tonta, Joanna –gritó uno de los pequeños Stafford. Uno de los mayores le ordenó callar.

Me había convertido en el centro de atención, cosa que siempre había odiado. ¿Había girado a la derecha en aquella esquina, o quizá a la izquierda? El pánico me había hecho olvidar los senderos por los que ya había transitado.

Me daba vueltas la cabeza con el aroma de las rosas. Docenas de arbustos rojos severamente domesticados punteaban el laberinto. La estación prácticamente tocaba a su fin y los pétalos de las rosas estaban raídos y habían perdido su consistencia. Y la hora del día ya no era la de máximo frescor. Pero eran demasiados los arbustos, y había pasado por delante de ellos demasiadas veces. Casi podía saborear esas empalagosas, polvorientas e imperiosas rosas.

Doblé una esquina a toda prisa y me di de bruces con Margaret.

Las dos fuimos a dar al suelo entre risas, con las cuentas de nuestras pomposas mangas ahuecadas. En cuanto pudimos liberarnos, ella me ayudó a levantarme: Margaret era un año mayor que yo y unos cuatro centímetros más alta, y siempre cien veces más lista y más hermosa. Mi prima. Mi única amiga.

—Margaret, ¿dónde estás? —gritó el duque de Buckingham—. Espero que no te hayas escapado y hayas vuelto a entrar al laberinto a buscar a Joanna.

—Oh, se va a enfadar contigo —dije—. No deberías haberlo hecho.

Margaret me guiñó el ojo. Luego me sacudió el polvo del vestido de fiesta e hizo lo mismo con el suyo antes de sacarme de allí, sin soltarme en ningún momento la mano.

En la entrada del laberinto se habían reunido todos: lo que parecía el clan de los Stafford al completo, además del plantel de nuestros criados y lacayos. Mi tío, el duque, el preeminente par de Inglaterra, vestía hilo de plata y llevaba una larga pluma de avestruz en el sombrero. Su hermano menor, sir Richard Stafford, mi padre, estaba de pie a su lado. Una extensa sombra que se alargaba sobre el jardín casi les daba alcance. La proyectaba la torre cuadrada que se cernía sobre nosotros. El castillo de Thornbury, sito en Gloucester, había sido construido para prevenir los asaltos. No de un enemigo extranjero, sino de generación tras generación de los codiciosos reyes Plantagenet.

Margaret fue directa al duque, sin ningún temor.

—Veis, padre, he encontrado a Joanna —dijo—. Ahora podéis jugar al tenis. —Él nos miró a las dos con las cejas arqueadas mientras todo el mundo esperaba, tenso.

Pero el duque de Buckingham se rio. Besó a su adorada hija, su bastarda, criada junto con los cuatro hijos de su sumisa duquesa.

—Sé muy bien que eres capaz de cualquier cosa, Margaret —dijo.

Mi padre también me abrazó con fuerza. Había estado haciendo deporte todo el día y recuerdo ahora que olía a sudor, a barro y a hierba seca y pisoteada. Me sentí tremendamente aliviada y feliz.

El carro con destino a Londres arrancó bruscamente y se zaran-deó, arrojándome sobre la paja y poniendo punto final a mi ensueño.

Habíamos dejado atrás las murallas de la ciudad para tomar una callejuela aledaña. Las ruedas del carro quedaron atascadas en el fango. Los caballos que tiraban de él relincharon, el conductor maldijo y los embravecidos hombres se desplazaron a la parte trasera del vehículo.

–No importa –me dijo la mujer–. Casi hemos llegado a Smithfield.

Seguí al grupo hasta el final de la calle y bajé después con ellos por otra repleta de tabernas. La calle desembocaba en un enorme claro llano rebosante de gente que había llegado ya y que esperaba la ejecución del día. Eran cientos de ellos: hombres y mujeres, marineros y costureras, además de niños. Una familia se abrió paso a empujones delante de mí, la madre con una cesta de pan y el padre con un niño sentado en los hombros.

De improvviso, un espantoso hedor me impregnó la nariz, la garganta y los pulmones. Se me llenaron de agua los ojos. Era peor que cualquier cosa que hubiera respirado en Londres. Me llevé la mano a la garganta en llamas al tiempo que dejaba escapar un grito.

–Allí, al este, están los mataderos –dijo la mujer con la que había viajado en el carro–. Cuando el viento sopla hacia aquí, la sangre y las vísceras pueden llegar a ser fétidas. –Me tocó el codo–. Ya veo que no estáis acostumbrada a Smithfield. Venid conmigo, no os separéis de mí.

Negué con la cabeza, parpadeando. No tenía intención de presenciar el final de la vida de Margaret en compañía de semejante criatura sin corazón. La mujer se encogió de hombros y se fundió con la chusma. Me quedé sola.

Temblorosa, volví a meterme la mano en el bolsillo y saqué la carta, la que Margaret me había escrito días antes del estallido de la rebelión del norte, a la que conocemos por la Peregrinación de Gracia. Desdoblé el terso rectángulo de papel de color crema y, como siempre, admiré su letra delicada e inclinada.

Mi queridísima Joanna:

He sabido por mi hermano que tienes intención de ingresar en la Orden de las Dominicas del priorato de Dartford y jurar los votos para convertirte en esposa de Cristo. Te admiro sobremedida por tu elección de una vida de santidad. Prendo velas de más durante la misa matinal para honrarte, querida prima.

Cuánto me gustaría que pudieras encontrar el modo de conocer a sir John, mi segundo esposo. Es un hombre bueno, honrado y sincero, Joanna. Me ama. Me venera. Por fin he hallado paz en el norte, la misma que espero que halles tú en el priorato de Dartford.

No puedo evitar pensar que vivimos tiempos duros, aterradores y desdichados. Quienes sirven a Dios como ordena nuestro Santo Padre son objeto de mofa y de persecución. La herejía lo invade todo. En el norte las cosas son distintas. Todas las noches rezo tres plegarias. Le pido a Dios que proteja nuestros monasterios. Busco la salvación para el alma de mi pa-

dre. Y rezo para que llegue el día en que vuelva a verte, Joanna, y en el que me abrace y me perdone.

Escrita en mi casa solariega de Lavington, York, el último jueves de septiembre.

Tu prima y querida amiga por siempre,
Margaret Bulmer

Volví a guardarme la carta, me cubrí la cabeza con la capucha, todo lo que me fue posible para no dejar a la vista un solo mechón de pelo, y me adentré en Smithfield.

2

De pie en la linde del claro, lleno de gente deseosa de disfrutar viendo morir a Margaret en la hoguera, me acordé de algo que le había oído decir a mi padre sobre Smithfield.

—Allí fue donde la corte de los Plantagenet celebró en su día sus justas más magníficas, Joanna. Por eso eligieron ese lugar. No lejos de los palacios había un «campo llano». De ahí el nombre.*

Mi padre no era un hombre muy dado a las palabras. Aun así, se le daba bien describir una justa. Había sido campeón en sus años de juventud y uno de los mejores contendientes de justa del reino. Eso había sido antes de la ejecución de mi tío, el duque, por alta traición cuando yo tenía diez años, y de que expulsaran a mi padre de la corte. Antes del declive de los Stafford.

Hacía muchos años que mi padre ya no participaba en ninguna justa, pero los recuerdos eran nítidos. Yo cerraba los ojos y le oía relatar la historia, sintiéndome como si estuviera a lomos de un caballo: tronando al galope por la pista que dividía en dos una valla de madera baja. La armadura de plata resplandecía al sol. Un escudo en la mano izquierda, una lanza en la derecha. A lo lejos, un contrincante se acerca... cada vez más... hasta que el otro caballero está a tan solo unos metros y allí van las lanzas, entrechocando con un tremendo crujido.

Cuando imaginaba el momento en el que se producía el contacto, ese instante en el que un hombre moría si una lanza se colaba bajo la armadura, me echaba a temblar y mi padre sonreía. Su fugaz sonrisa era como la de un niño, a pesar de que su densa mata de pelo castaño mostrara ya algunos mechones canos.

Hacía mucho tiempo que no veía esa sonrisa. Cuando el año anterior le dije que quería convertirme en novicia y jurar mis votos, él discutió conmigo e intentó hacerme cambiar de opinión, aunque no insistió demasiado. Vio que yo era sincera en lo referido a mis deseos de alcanzar una vida más elevada, alejada del clamor de las voces humanas y del contacto con un hombre. Mi padre escribió las cartas pertinentes y, no sin cierta dificultad, costeó mi dote para entrar en el priorato. Lo hizo para que me sintiese feliz, puesto que no conocía otro modo de hacerlo.

Y durante algunos meses en Dartford fui feliz. En la vida contem-

plativa encontré la certeza y un propósito, la gracia que tanto había anhelado, aislada del egoísmo y de la vanidad, de la absurda pompa del mundo. Pero era una felicidad frágil. Había llegado a una vida religiosa que no solo estaba en claro declive –era mucha menos la gente que ingresaba en los monasterios que en siglos anteriores–, sino que era blanco de un enérgico ataque. Nuestro rey había roto con el Santo Padre. En los dos últimos años, las abadías y los monasterios más pequeños de Inglaterra habían cerrado sus puertas y sus monjas y monjes habían terminado en la calle. La priora Elizabeth tranquilizó a las hermanas diciéndonos que las casas religiosas mayores como la nuestra serían respetadas y permanecerían intactas, pero el temor a una nueva oleada de cierres se cernía sobre los pasadizos de piedra, el jardín del claustro, e incluso los dormitorios de Dartford.

Hacía apenas una semana, de camino a vísperas, que había oído su nombre susurrado por primera vez, delante de mí, en el pasillo sur. «La mujer que ayudó a liderar la segunda rebelión del norte, lady Margaret Bulmer...».

–¿De quién habláis? –no pude evitar gritar, y las dos hermanas que caminaban juntas se detuvieron y se volvieron a mirarme. Una novicia no debía, bajo ningún concepto, dirigirse a sus superiores de ese modo.

–Perdonadme, hermana Joan y hermana Agatha. –Bajé ostensiblemente la cabeza, entrelacé las manos y alcé la vista para estudiar sus rostros. La hermana Joan, la *circator* o encargada de hacer cumplir las normas, me miraba con fría desaprobación. Pero la hermana Agatha, la responsable de las novicias, no pudo resistirse a la tentación de compartir su chismorreo.

–Han llevado a los últimos cabecillas rebeldes a Londres y los han juzgado en Westminster –dijo. Su voz fue un breve susurro–. Les han declarado culpables a todos. Colgarán a los hombres, incluido sir John Bulmer. Sin embargo, su esposa, por ser una dama, arderá en la hoguera de Smithfield. Es el deseo del rey.

Me incliné a un lado y tendí la mano para agarrarme al húmedo muro de piedra y evitar caerme.

–Sí, ¿no es terrible? –dijo la hermana Agatha, riéndose entre dientes.

Pero los perspicaces ojos de la hermana Joan no me perdían de vista.

–Hermana Joanna, ¿conocíais a lady Bulmer antes de venir a Dartford? –preguntó.

–No, hermana. –Así de sencillo: un grave pecado cometido.